

EL PROBLEMA DE LA REALIDAD DE EUROPA

Las amplias dimensiones del volumen que al controvertido tema de *Europa* (1) dedica el Instituto de Investigación de Política Exterior de Berlín permiten que sus colaboraciones —de casi todos los países europeos— ostenten una riqueza y valor excelentes. Sus veintiséis ensayos o estudios científico-políticos y culturales no son simples enunciados de cuestiones o repertorio de interrogantes y pensamientos abstractos, sino que más bien constituyen un nutrido cuerpo de normas, ideas y trabajos sólidos y objetivos. Las breves palabras de introducción del ministro de Estado, J. von Ribbentrop, testimonian el generoso anhelo de que todos los Estados de Europa cooperen en la magna obra de unificación futura del Continente.

No vamos en este lugar a hacer una crítica desarticulada y particular de cada uno de los escritos que contiene el espacioso volumen. Preferimos exponer y señalar, en concreto, la intimidad y esencia común que se trasluce en toda la obra. Precisamente, ese núcleo político-intelectual, afín y orgánico, que ilumina el pensamiento europeo, revela una convicción optimista y redentora: la abigarrada multiplicidad de pueblos que conviven, aspiran y laboran por una perfección nacional y societaria superior, entrevé lúcidamente, en medio del fragor bélico, que sus destinos y misiones nacionales sólo en una libre y compacta comunidad podrán salvarse. La coincidencia instintiva de sus justas aspiraciones no impide que cada autor contemple, desde observatorio singular, el unívoco horizonte que les configura y delimita a todos. Una Europa fuerte que proteja y garantice la meta única, la independencia y resurgimiento de los Estados nacionales, es la idea que obsiona e inspira a todos los colaboradores.

(1) *Europa*. "Handbuch der politischen, kulturellen und wirtschaftlichen Entwicklung Europas". Editado por el "Institut für Aussenpolitische Forschung". Berlín, 1943.

Indiscutible es que en ésta, como en toda obra humana, brotan a veces visiones parciales, erróneas o insuficientes que serán apuntadas; pero antes procede articular el haz fibroso que corre a lo largo de todas las hojas del volumen. En *ocho* pueden resumirse los principios o postulados básicos que informan sus ulteriores razonamientos.

En primer lugar, es unánime el deseo de que Europa arroje y rechace definitivamente el yugo opresor de imperialismos extraños, que la han dividido y desorganizado desde hace siglos. Todo a lo largo de la historia europea, dos han sido sus enemigos y frentes seculares: Asia, con sus hordas tumultuosas y devastadoras, ha tenido siempre en peligro y ha estado a punto de arruinar a la vieja comunidad cristiana; las potencias "occidentales" han perseguido en toda coyuntura posible que en Europa no surgiesen más que Estados débiles, inermes e impotentes. El desorden y debilidad europeos fueron cuidados, primero por Francia, luego por Inglaterra, con el sutil principio de un equilibrio torpemente aplicado, que se tradujo constantemente en un *divide et impera*, demoledor de la grandeza del Continente. Si Europa no acierta a anular el peligro asiático y sacudirse la esclavitud política que tradicionalmente le ha sido impuesta, y reorganizarse políticamente sin "equilibrios" mecánicos y falaces, tras la servidumbre vendrá la muerte, y no podrá jamás cumplir su elevado y grandioso afán cultural en la Historia.

Fácilmente se infiere de esa convicción y realidad histórica que Europa, al tener unos enemigos claros y precisos, lo son por "algo" y "contra" un patrimonio colectivo: la herencia y futuro europeos. Es innegable que la formación político-cultural de Europa no se deja aprehender en una esquemática enumeración de causas específicas, pero es lo cierto que todavía puede hoy hablarse de una "comunidad europea". Grecia-Roma-Germania son los pilares sólidos en que se cimentó la armoniosa convivencia medieval.

Al forjar Roma la gran unificación política de la historia europea, alúmbrase al mundo civilizado una unidad absoluta en la que la libertad humana, con la imperfección que le es aneja de la facultad de escoger, encuentra en la diversidad la manera de volver a la unidad de donde procede, primero por la amenaza, y después por la promesa. La belleza de la creación romana

consiste en que toda cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones que por sí solas cantan la omnipotencia, grandeza y fecundidad de aquel sistema político en el que se aunan la más grande de todas las armonías y la más bella de todas las consonancias. La suprema armonía radica en que la unidad, de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre idéntica a sí misma en todas sus manifestaciones, y de ahí que una misma sea siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario. Todo entró en un momento en reposo (pax romana), las grandes mudanzas y trastornos, la grande desolación y universal cataclismo anteriores anuncian a la Cristiandad naciente un sistema de advertencias y lecciones para los poderosos, una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar a todos con imperio. Esa autoridad altísima, fundada para la eternidad, tiene puertas que *miran a todas partes*, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, afirmaba Tertuliano. Bajo su imperio fecundísimo han florecido los sentimientos colectivos, se han perfeccionado las leyes y han crecido con rica y espontánea vegetación todas las grandes instituciones políticas y sociales de la Europa antigua. Orden, jerarquía y respeto recíproco en la coexistencia y convivencia políticas, son los perfiles singulares de una gran era europea.

Mas no basta reconocer ese atributo singular y específico de Roma, para creer que la contradicción política del mundo centro-europeo y mediterráneo se halla resuelta, y mucho menos que Roma —como sostienen los colaboradores italianos— haya rendido al mundo católico la máxima organización reflexiva de los tiempos modernos: el Estado. En la síntesis católica caben anchamente todas las tesis y todas las antítesis humanas, ella lo condensa todo en sí con la fuerza invencible de una virtud incomunicable. Y esa fuerza y esa virtud sólo se hacen prácticamente operantes cuando la autoridad de la Iglesia, depositaria de la revelación, está en todas partes estrechamente unida. La dulce, apacible y ejemplar organización medieval débese principalmente a que todas las voluntades creadas estaban bajo la dependencia de la voluntad divina y de aquella unidad en los divinos designios surgía inexorable el nexo y la afinidad políticas de toda una comunidad creyente en una sola y misma verdad.

Si algo significa la expresión de una Edad, la Edad Media representa el "justo medio" de lo que toda contingencia y momento históricos preludian siempre como solución de los problemas y luz de todos los enigmas: el deber ser de la convivencia social e internacional. La confluencia del orden divino, universal y humano medievales, es obra exclusiva del Cristianismo. Ni la tesis romana, ni las reflexivas aseveraciones germanas destacan convenientemente el sentido y valor de la sangre derramada en la Edad Media. El Dios hecho hombre es Único en el imperio de todas las cosas creadas. Y el rayo poderoso de luz católica en la actual e inmediata estructura de Europa procede precisamente del pensamiento español. La *Christianitas*, suma y solución única posible de este desgarrado continente europeo es razonada y expuesta ardorosamente —nos congratula el señalarlo— por un maestro de la Universidad española.

Cierto es que el Cristianismo, apoyado en la filosofía aristotélico-platónica y por la Patrística, vivifica, con savia perenne, el amanecer de las sociedades modernas. La sangre juvenil germana trasluce el ímpetu creador de la nueva comunidad. Mas el espíritu continúa siendo fundamentalmente católico. Carlomagno no simboliza más que el punto álgido o cumbre señera a que la nueva conciencia católica —europea— había llegado, bajo la ilusión cálida y prometedora de un orden plerórico de fe y catolicidad que había de brillar en la historia de la cultura universal, como constitutivo y realizador del orden de la humanidad más equilibrado y teológico: la "Ciudad terrestre" agustiniana, ejecutora de la unidad humana en el orden religioso y en el político. El principio de la identidad europea, o no significa nada, o significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talentos y de aptitudes entre las generaciones presentes y pasadas y entre las pasadas y las futuras, y esta comunidad es de todo punto inexplicable; si no se la considera como el resultado de nuestra transmisión hereditaria: el Cristianismo. Cuando la escisión o gran ruptura de la Cristiandad se produce, nadie mejor que España atisba la tragedia que se cierne sobre Europa, y cuyos tenebrosos aconteceres todavía padecemos, porque precisamente fueron Carlos I y Felipe II los que rompieron sus mejores lanzas en pro de esa soñada y querida catolicidad unida. Nos satisface que sea el catedrático de la Universidad

madrileña, D. Antonio de Luna, el que resalte valerosamente esa gran verdad histórica y cristiana y que sea él quien anuncie que la solidaridad de la gran familia europea sólo puede recuperar su esplendor si reposa en la verdad del orden natural. El dogma de la sabiduría y de la providencia de Dios explica el orden y el maravilloso concierto de las cosas creadas, y únicamente merced a ese orden y concierto arribaremos a una comunidad cristiana verdadera, a una unidad sustancial de los pueblos europeos, y por ella a la unidad del género humano, entrevista sagazmente por el fundador del Derecho internacional, el eximio teólogo salmantino Francisco de Vitoria. Y a nosotros los españoles no nos faltan arrestos ni arrojo suficiente para idear y creer posible una nueva reforma católica del mundo europeo.

Ahora bien, esa herencia fecunda, esa dicha pasada y ese quehacer anhelado para el futuro —tercer postulado— no pueden reconstruirse, garantir y alcanzarse si Europa no se vincula más fuerte y sólidamente en una estructura política compacta y solidaria. Si es exacto que las sociedades políticas no pueden existir, ni pueden concebirse sin aquel enlace de los tiempos, sin la comunión en la gloria y sin estar asentadas en aquellos principios amorosos de la Cristiandad, no lo es menos, también, que no puede volverse a la antigua majestad y poderío, que no puede pesarse gravemente en la balanza política de los pueblos del mundo si Europa no cambia su semblante político y da un paso decisivo en el camino de la "unidad". No quiere esto decir que de esa "unión europea" vaya a resultar un monstruoso y colosal artefacto estatal, ni un absorbente organismo que agoste y marche todas las creaciones nacionales. El camino por el que la diversidad entra en la unidad es el de la Justicia. Por no haber querido reconocer esa innegable verdad de que la honorable convivencia sólo es asequible a los pueblos que recíprocamente se respetan, aprecian y compenetran, es por lo que Europa sufre hoy esas horas de turbación insólita, horror y tristeza que les regala el satánico bolchevismo.

Los reinos son diestramente gobernados y regidos cuando se deposita en ellos la plenitud de soberanía y se les declara perpetuos e inviolables al servicio de una gran idea colectiva. El activismo moderno, la aproximación mecánica de las lejanías, y la pequeñez actual de un Estado aislado para combatir por sí solo,

con éxito, en la magna pugna por el poderío político del mundo, hacen necesario reconocer, por una parte, la soberanía originaria y constituyente de cada nación, y por otra la soberanía de la "comunidad" europea, si se quiere acabar con todas las ficciones y que no se llegue por medio de la discusión al hundimiento de todos los pueblos cristianos. En boca de los sofistas puede estar el pro y el contra de todo, la verdad y el error, lo torpe y lo honesto; pero este período, por mucho que dure, es siempre breve, y del noble amor de la Patria brotarán con espíritu vehemente las energías precisas para anular el peligro de muerte que amenaza a Europa y afirmar la unidad en la especie, en el Estado, en la familia y en el hombre europeos.

No podemos compartir los españoles una unidad europea asentada exclusivamente en vínculos y ligámenes raciales. La sangre no es más que uno de los elementos múltiples de la síntesis humana. Cuerpo y espíritu, materia y potencias anímicas, alma y ánimo, mundo y ultratumba, hállanse en trabazón delicada y en aquel orden perfecto en que están juntas unas y otras y todas en uno según su divino Hacedor. Por eso fué tan fuerte la repulsa y eco españoles contra las exageraciones racistas, y por ello, precisamente, nos es grato que en la obra que criticamos sólo se dé cabida en una de sus colaboraciones al aspecto racial de la unidad europea. No se trata ya aquí de una primacía absoluta y denigrante de una raza concreta; se reconocen, por el contrario, las manifestaciones diversas de una misma cosa considerada desde puntos de vista diferentes. Se afirma virtualmente la unidad racial de Europa con una gravitación amorosa y vehemente por la conciencia que de sí tienen los seres de todos los pueblos europeos. Sólo la aislada voz de Stein refleja un clamor del desierto, hoy tramontado ya en las mismas filas nacionalistas germanas.

Reconocida la insoslayable necesidad de reconstruir la "unidad" europea, la de asentarla en leyes humanas y orgánicas que den al traste con las estructuras "equilibristas" franco-inglesas y admitido el principio de una entidad que, posibilitando las misiones nacionales, asegure la alta tarea de la eterna Europa culta y civilizadora —cuarto postulado—, ponen el oído, cada vez más atento, los políticos y científicos continentales en la síntesis ideal que pudiera resolver la paz y unión futuras. Ni una Cristiandad

de signo protestante, ni una solidaridad imperialista, ni un universalismo absorbente e irrealizable preocupan ya a las mentes cultas de Europa.

Antes bien, se ponen los más graves acentos y las más halagüeñas esperanzas en la reconstrucción de la auténtica *Christianitas* medieval. Todos convienen en que el mal nos viene de los tiempos pasados, pero todos tienen fe en que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros. Como las cosas no se concilian sino en la unidad, la unidad europea exige la rehabilitación de un mundo católico, hoy desgarrado, convulso y en contradicción. El hombre europeo actual, por intrépido que sea, se sobrecoge de espanto al contemplar esa desarticulada estructura política y espiritual de su Continente. Los continentes son elevados a grandes potencias. Los Estados aislados carecen de vigor por sí solos para adecuarse a la nueva era de la humanidad. Y entonces, ese pavor íntimo del hombre aislado vuelve a pensar en la necesidad de un refugio trascendente, de una rai-gambre ética y de un código de moralidad y estímulo íntimos que le impulsen a cumplir su tradicional afán cristiano. La duda, temor e incertidumbre apodéranse de los más valerosos protestantes, y es entonces cuando un español —ya citado— proclama de nuevo y abiertamente su fe exclusiva en la perenne *Christianitas*. Todo orden pacífico (la "ordenada concordia" agustiniana) sólo tiene una fundamentación: la fundamentación metafísica de la justicia. Pensamiento aristotélico redivivo por el Cristianismo.

Quizás sea éste el punto en que la armonía de la obra muestra su desazón y fragilidad. La unidad de Europa, como toda creación humana de solidaridad social, es esencialmente política. Y no hay gran idea nunca sin una política trascendente, moral y perenne. España, mejor que país europeo alguno, sabe las discordias, disidencias y penosos trabajos que su altruista anhelo de una Europa unida le acarreó. Este dogma español es, sin embargo, descuidado por los colaboradores nortecños al proyectar su pensamiento hacia el horizonte futuro. Recuérdanse milenarios imperios, pero olvídense con frecuencia harto excesiva la magna tarea hispana, cuya realización todavía columbramos como posible si de nuevo las heridas cristianas del Continente se cicatrizan amorosamente. Jamás tendrán vigor y perennidad sufi-

cientes los organismos políticos cimentados sobre bases exclusivamente económicas y raciales. Este sentimiento colectivo de las nuevas generaciones hispanas, esa íntima y sosegada invocación espiritual de la paz futura aparece singularmente reflejada en la colaboración española, que se halla en el punto equilibrado y exacto de nuestra gran tradición teológica. Sin un retorno al Derecho natural, sin una vuelta al hogar abandonado, no será factible jamás el sugestivo anhelo de una convivencia apacible y estable en y entre los continentes.

La vida de relación social, humana e internacional, no puede, por otra parte, despreciar la base física, el substratum material necesario, aquel sin el cual la más anhelante vida espiritual perece por inanición. Toda unidad política precisa de una firme base económica —sexto postulado—, y es en este campo material en el que quizás los éxitos logrados por la presente colaboración europea sean más eficaces, visibles y aleccionadores. El ministro Funk analiza detenidamente las ventajas logradas, la revalorización del trabajo humano, el intercambio fecundo que en el continente ha anulado el bloqueo británico, y pondera las posibles condiciones, tesis y necesidades económicas del concierto europeo. Quizás sea excesivo afirmar que sólo el trabajo pueda ser base sólida de intercomunicación económica mundial, mas es lo cierto que en situaciones bélicas y angustiosas es medio certero para que la armonía y balanza de créditos pueda elevarse hasta el saneamiento de las finanzas nacionales, si se apura hasta sus últimas consecuencias la capacidad productiva del Estado. Centroeuropa, efectivamente, ha alcanzado ese éxito. Pero recordemos las inteligentes reflexiones del malogrado Calvo Sotelo en contra de las hipótesis del ministro Funk.

Es indiscutible que una mejor distribución de las faenas agrícolas e industriales en Europa, una más completa exportación e importación de artículos y materias primas y manufacturadas pueden ser causa segura de que en momentos de lucha nuestro Continente se considere independiente de los demás países enemigos. Ilusoria resultará, no obstante, una absoluta autarquía, no por más deseada menos irracional, dada la interdependencia de todos los pueblos del mundo y la necesidad racional del *ius communicationis*. Es halagüeño el balance económico de la Europa en guerra, mas no perfecto e incorregible. Precisamente,

para evitar futuras catástrofes y extirpar defectos presentes, nadie deja de resaltar el carácter imperioso de economía complementaria que irrevocablemente ha de encontrarse en la organización de "Euráfrica".

Para la estabilidad de las relaciones intercontinentales e internacionales e incluso para la vida misma de toda sociedad, es necesario un orden de normas —séptimo postulado— que ha de experimentar alteraciones y matices singulares cuando la nueva comunidad europea pretenda establecerse jurídicamente. *Ubi societas, ibi jus*. La sociedad europea deseada y en formación trastornará los viejos esquemas jurídicos en uso normal entre los pueblos. No es que vaya a desaparecer el Derecho internacional. Sería ello tan absurdo como pensar en una quimérica organización universal o en un Estado mundial. La nación es el ideal de perfección que sustenta un pueblo y, además, su defensa y la propagación de un principio. La nación viene a ser así una misión universal, una empresa de interés para la humanidad entera. "Y la distinción nacional es la diferenciación de misiones." Diferenciación de misiones consustancial a Europa y sus naciones singulares. Diferenciación olvidada por el Imperio romano y en la que cifraba San Agustín una de las principales causas de su derrumbamiento.

No obstante, en esa policroma perspectiva de las naciones europeas unidas no puede prescindirse de una adecuación normativa condigna. Sin orden no hay seguridad. Sin seguridad no hay relación y, en última instancia, quiebrase la justicia, fundamento de todo Estado.

La gran obra europea, desde tiempo inmemorial, ha sido la unificación de miras y de voluntades de todos para el bien común. Pero el bien común europeo no incide, ni se interfiere, ni perjudica al bien nacional perseguido por cada Estado. Estos son alentados y cobijados por aquél, ya que si los pueblos de Europa llegan a forjar un solo cuerpo, sano, robusto y vigoroso, resultará como la cosa más necesaria que todos sean para él y él para todos. Esto es, el bien común de la gran Cristiandad medieval, que, realizado *in genere*, lo era *in concreto*, y viceversa, sin dañar ni perturbar la estructura independiente y soberana de cada uno de sus miembros.

El orden jurídico que perfile los contornos sociológico-polí-

ticos de la nueva relación continental no aparece claro en ninguna de las colaboraciones del volumen que criticamos. Es este aspecto concreto uno de los más descuidados en la general estructura de la obra. No cabe decir en descargo de este silencio que los objetivos jurídico-políticos de la futura entidad europea no puedan ser estipulados antes del éxito definitivo de las armas. Que la victoria de los ejércitos sea previa, condicional y necesaria para la edificación del orden de normas posterior de la paz es una verdad inconcusa. Pero no es contradictorio ni incompatible que en las épocas bélicas que preceden a los sucesos últimos de las armas se vaya forjando una normatividad concreta, que, además de asegurar la tranquilidad del orden futuro, sugestione, estimule y anime a todos los interesados. Es en este punto donde se observan ciertas disonancias y divergencias doctrinales. Unos prefieren relegar tal tarea para después de la paz, por considerar poco menos que estériles todos los esfuerzos que en tal sentido se hicieren antes de alcanzar la victoria. Tal actitud revela un recelo y supone una pasividad recoleta poco en consonancia con el júbilo que anida en el corazón de los combatientes europeos. Otros defienden la necesidad de ir elaborando durante la conflagración un código de normas y de pensamientos jurídicos creadores para el futuro. Ambas posiciones son expuestas y pensadas, exclusivamente, por los sectores investigadores. Nos parece mucho más afortunada la segunda, en cuanto procura sacar las consiguientes enseñanzas que de la paz improvisada de Versalles puedan extraerse. Entonces, los aliados estaban acordes en destruir a los imperios centrales, mas no poseían un programa mínimo de puntos concretos para el futuro. Los principios wilsonianos fueron proclamados unilateralmente y contravenidos al concertarse el Tratado de Paz. Por la ligereza, inconnexión y falta de visión futura, la paz de Versalles no llegó a durar ni la mitad del tiempo que habían impedidos los acuerdos de Viena. Es decir, toda paz debe ser meticulosamente estudiada, incluso durante la guerra. La guerra surge por razones concretas. Y razones concretas deben ser las que se ofrezcan al futuro pacífico por el que se lucha. No sólo basta divulgar un credo negativo, sino que es preciso que encierre un núcleo constructivo o creador que le dé firmeza y consistencia y se adhiera nuevos adeptos.

Finalmente, hechos grandiosos, realidades de gran magnitud cultural anuncian ya la grandeza espiritual y las dimensiones notables de la comunidad. Música, Arte, deporte, estudio, pintura, etc., son obra concreta laudable y ciclópea que armoniza en afán común a todos los Estados de Europa, frente a las "factorías" de allende los mares, que desprecian, menosprecian y ridiculizan la más grande de todas las culturas de la Historia. Culturalmente, Europa no ha finalizado su tarea y posee, además, incalculables energías que enaltecerán su tradicional misión civilizadora. Es copiosa la información que sobre el particular nos da el volumen en cuestión. Y más que satisfactorios los resultados concretos que analiza y expone, lo son los vastos planes que se proyectan para el futuro. No obstante, todos los esplendores culturales que pueda irradiar la Cristiandad europea no tendrán eco alguno, ni penetración política, ni eficacia internacional concreta si no van acompañados de un sólido poderío. Los siglos dorados de la Cultura de todos los países han ido siempre precedidos de una íntima cohesión societaria, de una prepotencia político-ideológica y de una pujanza estatal formidable que aseguraba el éxito de aquélla. Mientras la Europa, independiente, fuerte y unida, que se ambiciona no plasme prácticamente en una gran comunidad, en una estructura política poderosa, sus creaciones culturales, si logran resonancia internacional, será caduca y pasajera. El vigor físico es base de las obras consistentes y perdurables. Los espíritus enfermizos y decadentes, si expanden brillantes rayos de luz, pronto se cubren de siniestros presagios. Creemos firmemente que el vigor, lozanía y empuje de los pueblos europeos no serán destruidos ni arruinados por la selvática y salvaje impetuosa de la barbarie bolchevique, ni por el mecanicismo de países técnicamente aventajados. La bondad ingenua y primitiva del hombre roussoniano es etérea y utópica codicia en la realidad de la historia universal.

El continente de mayor potencia espiritual y creadora sigue siendo aún el continente cristiano. El Cristianismo no tiene infancia ni senectud, sino perenne eternidad. Quizá se haga necesaria una reforma, "una reforma del pueblo cristiano", como proclamara el primer decreto del Concilio de Trento; pero, en todo caso, la vieja Cristiandad europea no ceja en su lucha secular, ni rehuye

los esfuerzos que pueda exigirle la actual distribución de fuerzas del mundo. O Europa vuelve al seno de la catolicidad, y con ello a iluminar al mundo, o se hundirá inexorablemente en las tinieblas de la esclavitud bolchevique.

JUAN MANUEL CASTRO RIAL.



MUNDO HISPÁNICO

